

## «Da cuenta de tu mayordomía»

En la conocida parábola del mayordomo infiel registrada en Lucas 16 encontramos al patrón que ha emplazado a su siervo y le dice: «¿Qué es esto que me dicen de ti? Rinde cuenta de tu administración, porque ya no puedes seguir en tu puesto» (NVI). Aunque no queramos vernos en esa situación límite es bueno que meditemos en nuestras actitudes como mayordomos del Señor, sabiendo que en algún momento seremos llamados a rendir cuentas.

«El fundamento de la integridad comercial y del verdadero éxito es el reconocimiento del derecho de propiedad de Dios. El Creador de todas las cosas es el propietario original. Nosotros somos sus mayordomos. Todo lo que tenemos lo hemos recibido de sus manos para que lo usemos de acuerdo con sus indicaciones. Esa es la responsabilidad que recae sobre nosotros respecto a todas nuestras actividades. Reconozcámoslo o no, somos mayordomos a quienes Dios ha otorgado talentos y capacidades, y nos ha puesto en el mundo para llevar a cabo la obra que él nos ha asignado» (*La educación*, cap. 15, p. 123.)

Siempre que hablamos de este tema pensamos en el dinero, en recursos materiales, en el tiempo, o en el medio ambiente; pero hace años entendí la responsabilidad que todos tenemos con el valor atribuido a cada uno de nosotros, todos los hijos de Dios, los que le hemos aceptado y reconocemos como nuestro Creador y Redentor.

Vivir a la altura del llamado que hemos recibido es una responsabilidad y un privilegio.

Como economista pienso en los valores de los activos intangibles, que incluyen, entre otras cosas, los derechos de autor, las patentes y marcas de empresa; no tienen forma física, no es algo material y, por tanto, no se pueden ver ni tocar. Así que, querido hermano, aunque realmente, por nuestra naturaleza vendidos al pecado, no valgamos nada en nosotros mismos, por la gracia de Dios y el sacrificio del Hijo, somos de un valor inestimable ante el universo; por ti solamente, o por mí, el cielo hubiera hecho el magno gesto de amor de morir en el Calvario.

Somos responsables de ese precio imputado por la Deidad a esta raza caída y tenemos la responsabilidad de defender esa condición. Cuando sientas que el desánimo te quiera inundar, cuando «alguien» te susurre al oído que no vales nada, levanta tu frente, mira a la cruz y allí verás a quien llevó todos tus males para darte toda su gloria.

Cuando pienso en eso no puedo hacer otra cosa que ensalzar a Jesús y amarle, me siento responsable de dar cuenta por ese don recibido.

¿No sientes tú que debemos mejorar en testificar al respecto?

**Lic. Andrés R. Clausell Crespo,**  
contador-auditor,  
Misión Pinareña, Cuba.